

Paul Valery: Un canto de frontera

Escribe: EDUARDO CARRANZA

“El canto de frontera
a la muerte, al silencio y al olvido”.

ANTONIO MACHADO

BIOGRAFIA MINIMA

Paul Valery nació en Cette el 30 de octubre de 1871, de padre francés y de madre italiana. Hizo sus primeros estudios en un colegio de su pequeña ciudad natal y realizó luego con sus padres un viaje infantil a París y a Londres. En 1884 siguió los cursos del Colegio de Montpellier. Pasaba sus vacaciones en Génova con los suyos, circunstancia que incorporó a su espíritu una estela de reminiscencias italianas. Siguió luego cursos en la Facultad de Derecho y, ya en el umbral de la primera juventud, vacilaba ante la escogencia de su destino. Por entonces leía con pasión toda la literatura triunfante en su tiempo: Baudelaire, los parnasianos, los simbolistas y las obras de Huysmans, cuyo famoso libro *Al revés* tuvo larga resonancia en su formación literaria, pues le reveló plenamente a Verlaine, a Rimbaud y a Mallarmé. De aquella época data también su amistad profunda con Pierre Louys y André Gide, amistad que hubo de influir poderosamente en su vida y en su obra. En 1891 fue a París y desde entonces asiste regularmente a la capilla simbolista de Mallarmé con otros de sus contemporáneos insignes, como Romain Rolland, Gide, Suárez, Peguy, Claudel, Regnier... El poeta de *El mediodía de un fauno* pontificaba, pálido y sereno, en esa famosa catacumba de la lírica moderna. Valery se convierte en un fervoroso del culto mallarmeano. Y empieza para él una época que se caracteriza por la sed de conocimientos y la pasión universal de sabiduría. Escribe sus primeros ensayos en prosa que ven la luz pública en las famosas revistas minoritarias del simbolismo. Empieza a ser célebre en un reducido mundo literario pero es completamente desconocido para el gran público. En 1897 ingresa al ministerio de guerra en un cargo burocrático que desempeña durante tres años. Bien pronto se fatiga de esa gris existencia y se decide a afrontar heroicamente, si es preciso, su destino de escritor. Se casa en 1900, y desde este momento se aísla del mundo literario y deja de escribir, o por lo menos de publicar, durante largos años. Es

el período del heroico entrenamiento, de la soterraña fecundación, de su ascética preparación mental. Tan solo frecuente a Pierre Louys, a Gide, sus amigos de la adolescencia y, encerrado, silencioso, se dedica a especulaciones extraliterarias, interesado por la música, las matemáticas y la lingüística. Esto, hasta 1917. En ese año se inicia su victoriosa ascensión hacia la más amplia gloria literaria que haya conocido escritor alguno entre los modernos de Francia. Hay algo de mágico, de maravilloso —un contorno de cuento de hadas— en la súbita revelación de Valery. En el año antedicho, André Gide, de acuerdo con el editor Gallimard, insiste ante Valery para que edite en un volumen sus versos de juventud. El libro, intensamente reelaborado, se publica con el título de *La Jeune Parque* y obtiene un éxito inmenso entre el público aficionado a la poesía. Pero bien pronto, después de algunas famosas lecturas de versos efectuadas por el mismo André Gide en la librería minoritaria de Adrienne Monnier, su prestigio desborda el recinto de los salones literarios y se expande por más amplias zonas de lectores. Llegan para él la fama, las ediciones copiosas o limitadas, la legión de honor, la academia y lo más importante de todo— “la gran polémica valeriana”. aparece el “valerismo” y los escritores de Francia se parten en dos bandos encarnizados: unos que le combaten hasta la extrema negación, otros que le ensalzan hasta el endiosamiento. Vienen la teoría de la poesía pura y la disputa con el abate Bremmond. Quizás nunca en la historia literaria se había polemizado tanto sobre el origen, la esencia y la función de la poesía. El punto nervioso de la discusión es, desde luego, la obra del autor del *Cementerio marino*. En 1925 Valery es elegido para la Academia Francesa y ocupa el sillón de Anatole France. Su discurso de ingreso, en el que habló de su predecesor sin nombrarlo, a muchos escandalizó y suscitó una gran cauda de comentarios. Es ya, la plenitud de la gloria.

LA POLEMICA VALERYANA

La polémica valeriana subsiste aún y ha desbordado sobre las fronteras de Francia. Consideran algunos que la poesía de Valery es pura construcción cerebral, frígido e impávido ejercicio de la mente. Citemos entre ellos a Paul Leautaud, de cuya rigurosa y bella antología editada por *Mercurio de Francia* hemos traducido y extractado las noticias anteriores sobre Valery. “Es posible que haya en esta poesía alguna recóndita emoción, dice Leautaud. Pero ella es ante todo el resplandor del cristal helado, aunque lujosamente tallado. Se siente allí una preocupación científica asociada a la creación poética. Parece que la poesía reside para él, ante todo, en las nuevas combinaciones de sílabas. Parece que le interesa únicamente el arte del verso y que coloca más alto al versificador que al poeta. Todo es en Valery voluntad y premeditación, o por lo menos de ello se envanece. Decía en su juventud y podría repetirlo ahora: “Conozco muy bien las notas que sé tocar y nada hago sin premeditación”. Séanos permitido preferir a Valery, mejor que al poeta, al escritor en prosa, al analista de los diversos fenómenos del espíritu, desde el sueño hasta los distintos estudios de la creación literaria.

El juicio anterior es desde luego injusto, como suelen serlo todas las sentencias extremistas. El agudo y maligno señor Leautaud era uno entre los muchos que tenían *parti-pris* en relación de la estética valeriana.

Valery es el gran heredero del simbolismo. Pero es preciso entenderse. El toma la nebulosa, ardiente y caótica que se evaporó de las manos de Mallarmé y la reduce al cauce lúcido y riguroso de su inteligencia. La experiencia es, por demás, fascinadora. Del simbolismo, como de un gran maciso poético, descienden todas las estribaciones de la poesía moderna. Pero había algo extravagante, inaccesible y delirante en el ideal mallarmeano. Mallarmé, en su deseo de escapar de la realidad y evadirse del mundo circundante, en vuelo hacia las ideas puras, se perdió en un laberinto de símbolos. Mallarmé en francés, lo mismo que Góngora en castellano, no puede ser un punto de partida: es el extremo, el límite, la última tierra lejana de la palabra, el Finisterre de la poesía. Perseguía “el sueño de su desnudez ideal”. Quería dotar “de un sentido más puro a las palabras de la tribu”. Por una maravillosa alquimia verbal y mental saltaba de símbolo en símbolo hasta lo más alto y lejano de los símbolos, ya distante en absoluto de la realidad, del sentido inicial. De esta suerte el poema se convertía en una especie de isla aérea a la cual tan solo tenía acceso el dueño de la clave o los iniciados en ella. De entonces para acá se confirió a cierto estilo de poemas una “condición de misterio”. Lo cual, si por una parte ha servido de impulso a algunas de las más puras creaciones de la poesía de este siglo, se ha prestado por otra parte, a toda suerte de supercherías, snobismos y estafas literarias. Mallarmé fue el buscador del imposible y pasa a la historia literaria con un ademán de serena desesperación y con las manos vanamente tendidas hacia el infinito.

Paul Valery recoge lo mejor, lo más actuante y fertilizante de la experiencia simbolista. Y la circunscribe dentro de las normas del clasicismo francés y de su personal temperamento racionalista. Y lo hace con tanta fortuna que se inserta de hecho y definitivamente en esa gran tradición de la lírica francesa —lúcida, severa y diamantina— que partiendo de Ronsard pasa por Racine, se prolonga en Chenier y en Vigny, toca lo sublime celeste o infernal en Baudelaire y concluye serenamente en la frente de quien quiso reducir la angustia por el tiempo y el espacio, por lo sensual y lo mortal, por la vida y por la muerte, por lo estático y lo fluente, en ese apretado, esencial y magistral poema que se llama **El cementerio marino**. Valery es, pues, fundamentalmente un poeta a la manera ceo-clásica y racionalista; pero es también un poeta que se asomó al puro infierno baudelairiano, que pasó entre las nieblas mágicas de Stéfano Mallarmé, que conoció los talleres geniales de Heredia y de Banville y que recibió en los labios el último soplo húmedo y germinal del romanticismo. En su obra confluyen, pues, muchas avenidas poéticas. Ella es un duradero monumento a la gracia, a la proporción, a la armonía. Un breve partenón de palabras. Nos seduce por su lucidez, por su rigor y por su heroica adhesión al camino estrecho y difícil.

Se ha llamado a Valery “un Pascal agnóstico”. El autor de **Charmes** (Cármenes o Cánticos) logró “una de las grandes experiencias terminales de la literatura, en el extremo mismo del alma y de la palabra...”. “El canto de frontera —a la muerte, al silencio y al olvido”.

Excelentes las de Charmes de Andrés Holguín. y una verdadera hazaña, por su rigor y su belleza, la del Cementerio marino, de Jorge Rojas.

Poemas de Paul Valery

Traducidos por: Eduardo Carranza

A L B A

*En la mitad del campo aún apenumbado
una casa se dora de pronto y un almendro
en flor, se enciende, solo, revelando a mis ojos
la inminencia del sol.*

*Y un árbol solemne, más alto entre los árboles,
se incendia y en su masa de verdor luminoso
el viento matinal rosado y frío
hace temblar un crespito desorden, una ola
de felices detalles.*

*Los olivos, entonces, van naciendo, creciendo,
con su fina silueta nebulosa de plata.
Se revela, callada, la rosa de Judea.
En los tejados nace el rojo de las tejas.
Se revela el rizado esplendor de los pinos.
El contorno de las colinas se revela.*

*Todas las cosas en luz y sombra se definen.
Cada fragmento empieza a vivir su propia forma.
Y la demostración de cada hipótesis se hace.
Ya se distingue cada objeto.
Ya cada hoja puedo distinguir.
Ya no se puede dudar más...
Los nombres se han posado definitivamente sobre las cosas.*

*Y lo que está a punto de ser
se declara, se aclara y aparece...*

SALMO

*De pronto, rápida y poderosa, mi mano
se abatirá sobre tí.*

*Caeré sobre tí
y te cogeré en la alta noche redonda
por la raíz del saber y del querer,
entre el alma y el espíritu.*

*Te sujetaré por la cabeza rebelde,
por eje de tus claridades;
te empujaré hacia lo que yo quiero y tú no quieres
y yo quiero que tú quieras;
y te pondré, tronchada y bella, bajo mis pies,
y te diré que te amo.*

*Y apretaré tu garganta hasta que me hayas entendido,
hasta que me hayas entendido bien,
y absolutamente comprendido,
porque yo soy tu Señor y tu Amo.*

*Y llorarás y gemirás;
y buscarás un resplandor de debilidad en mis miradas.
y levantarás y retorcerás tus manos suplicantes,
tus blancas manos como encadenadas a tus ojos claros.
Y has de palidecer, y has de ruborizarte,
y sonreirás y abrazarás con tus brazos desnudos mis duras
rodillas impasibles;
y me amarás, y me amarás,
porque yo soy tu Señor y tu Amo.*

EL OIDO

*Escucha ese ruido delgado,
esa pura, continua melodía:
es el silencio.*

*Escucha lo que se oye
cuando nada se deja oír.*

*Todo lo cubre, todo, la arena del silencio.
Y me parece que todo, todo,
—mi historia, mis anhelos, mis amores—
es como una ciudad antigua,
borrada, hundida, sepultada,
por la ceniza o el desierto.*

*Pero escucha, también, ese silbo
tan puro, tan solo y lejano:
creador continuo del espacio,
como existiendo por sí mismo
en lo más hondo, solitario.*

*Y nada más. Pero esta nada
es inmensa en nuestros oídos.*

NARCISO

*¿Mirarse en un espejo no es, acaso, pensar en la muerte?
¿No se ve allí, acaso, lo pasajero y perecedero de cada quién?
El inmortal ve allí su mortal. Un espejo nos hace salir
de nuestra piel, de nuestro rostro.
Nada resiste su doble.
Repetid tres veces una palabra.*

SUEÑO

Una mujer anda conmigo por una campiña CLARA. Vemos una arquitectura abandonada CLARA. El agua corre hacia la puerta abierta; hacia la escalera corre el agua CLARA que, apenas cruzado el umbral, se desliza por los escalones, los cubre y los oculta. La mujer me conduce. Andamos por el agua, descendemos. La corriente del agua nos lleva a una puerta donde volvemos a encontrar el día y un inmenso lago en donde cae el agua. El lago es claro, de una transparencia maravillosa, muy profundo. Nadamos en el centro del agua CLARA y verde, divinamente CLARA y luminosa. Luz rubia, se dibujan los cuerpos de los nadadores. Yo siento miedo y deslumbramiento de esta CLARA profundidad en donde las piernas tienen una libertad y una blancura alucinantes. Se ven EN EL FONDO un verde país luminoso, dorado por un tierno sol, y la arena serena y dorada. CLARA.